

AGUA CONTAMINADA

El poder de las palabras



Las palabras amables
son como la miel,
endulzan el alma
y dan salud al cuerpo.

Proverbios 16:24

El dueño de un rancho daba de comer y de beber a sus animales todas las mañanas desde muy temprano. Los pozos se llenaban con el agua que bajaba de las vertientes de la montaña.

Un día sus animales empezaron a enfermar:

—¡Muuu!, ¡muuu!... ¡muuucho dolor tenemos, ya no saldremos! —mugieron las vacas.

—¡Hiii!, ¡hiii!... ¡tengo un dolor aquííí! —relincharon los caballos.

—¡Meee!, ¡meeeee!... ¡esto de verdad dueleeeee! —balaron las ovejas.

Una enfermedad así debía tener algún motivo, así que el dueño del rancho

empezó a investigar. Revisó la comida, y todo estaba bien.

Miró las semillas y hojas que les daba y nada parecía fuera de lo común.

Pero cuando revisó el agua, se percató de que no estaba cristalina como siempre. Encontró algunos restos de lodo y varios desechos diminutos.

—¡Debe ser eso! —pensó para sí—, ¿qué estará pasando?

No dejó pasar más tiempo y subió hasta lo más alto de la colina, desde donde venía el agua. Allí, en la vertiente, encontró a dos muchachos que estaban llenando con basura el manantial, removían tierra y jugaban a ensuciarlo, aunque no se daban cuenta del mal que estaban provocando.

—¿Será malo lanzar esta basura en el agua? —dijo el menor.

—Claro que no, a nadie le importa —respondió su hermano con desprecio—, vamos a ver... ¡quién ensucia más el agua!

—¡Epa!... ¿qué están haciendo? —gritó el dueño del rancho.

—¿Qué le importa, viejo? —respondió el mayor de ellos.

—¿No ven que mis animales se han enfermado por la basura que ustedes han echado en el agua?

El muchacho se encogió de hombros en señal de que no le importaba, e inmediatamente corrieron a ocultarse entre los árboles; pero aquel hombre, interesado en que los jovencitos tuvieran una reprimenda, los siguió hasta la hacienda vecina.

Con sigilo se acercó a la ventana de una vieja casa en la que se metieron los dos malandrines. Mirando con cautela descubrió al abuelo de los muchachos gritándoles tan fuerte hasta hacerles llorar. Al parecer sus padres ya no estaban y era su abuelo quien les criaba.

Entonces el ranchero entendió de dónde venía aquella basura, mucho

más que la contaminación del agua, esas palabras contaminaban el alma, la mente y el corazón. Regresó pensativo por el bosque hasta su casa y meditó en lo que había visto durante toda la noche.

A la mañana siguiente los muchachos volvieron al manantial y empezaron a lanzar algunas hojas secas al agua. De repente oyeron un sonido detrás de unos árboles. Pensaron que sería un conejo o algún animal a quien molestar y fueron a seguirle el rastro.

Justo cuando pensaban que lo habían encontrado, escucharon un fuerte gruñido detrás de unos matorrales. Ellos se paralizaron de miedo y solo lograron abrazarse esperando ver un oso y algún animal peligroso.

Para su sorpresa, quien apareció fue el ranchero. Escondía algo a sus espaldas y estaba a punto de sacarlo. Los muchachos pensaron lo peor y solo se quedaron inmóviles pues sabían que les venía una gran paliza.

¿Qué tendría el ranchero en sus manos? ¿Un palo para golpearles?, ¿una tabla? ¡O quizás tendría un látigo para reprenderles como hacía con sus animales!

El dueño del rancho sacó de sus espaldas la mitad de un limón que había partido, y sin quitarles los ojos de encima, exprimió el limón en un poco de agua que sostenía en la otra mano.

Luego dejó la jarra en una roca y sacó un frasco de miel, le puso una gran cucharada y preparó la más deliciosa limonada. Cuando estuvo lista, les dio a beber.

Ellos se quedaron atónitos, mirándose el uno al otro dudando si debían tomar la limonada o no. Al final decidieron aceptar.

—El agua es limpia y cristalina —les dijo—, si echas basura en ella puedes enfermar a todos, pero si le añades algo de limón y miel, se puede convertir en un deleite para calmar la sed.

Los muchachos probaron la limonada, miraron a los ojos al granjero, y sonriendo le extendieron la mano en señal de hacer las paces.

A partir de ese día, ellos se convirtieron en los mejores cuidadores del bosque y sus alrededores; mantenían el agua limpia y enseñaban a otros a cuidar la naturaleza.

—¡Muuu! ¡Muuu!... ¡Muuuy bien nos sentimos! —mugieron las vacas.

—¡Hiii! ¡hiii!... ¡qué bueno es estar asííí! —relincharon los caballos.

—¡Meee! ¡Meee!... ¡meeee siento meeeejor! —balaron las ovejas.

¡Ciertamente el agua limpia los sanó!

El ser humano es como el agua, vamos corriendo limpios por la vida, hasta que alguien nos echa basura con sus palabras y entonces nos ensucia. Pero si alguien nos dice palabras lindas que nos levanten el ánimo, eso es como la miel de una rica limonada.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Pueden las palabras contaminar a las personas?
- » ¿Cómo son las palabras de Dios para sus hijos?